

LA LARGA PRISION DE LUIS CORVALAN

NADIE se acostumbra a la represión, pero se aprende a sobrevivir». Son palabras de Lily Corvalán, esposa del dirigente de la Unidad Popular chilena, preso desde hace un año —sin juicio— por los golpistas. Habla a Livio Zanotti, enviado especial de «La Stampa» en Santiago de Chile. La represión abarca a toda la familia Corvalán. El hijo mayor, Luis Alberto —casado con Ruth Vuskovic, hija del que fue ministro de Economía de Allende—, tiene veintisiete años y es ingeniero agrónomo, ha estado preso hasta ahora en el campo de Chacabuco y nadie se arriesga a darle trabajo. Nadie se lo da tampoco a Lily Corvalán, de veinticuatro años, química industrial; cuando le preguntan si su apellido tiene alguna relación con Corvalán y ella responde que

es su hija, la rechazan, con mejores o peores palabras. Viviana tiene dieciocho años y estudia Pedagogía; iba a terminar la carrera este año pero ha sido expulsada y no puede terminar sus estudios. La hija menor, María Victoria, puede seguir estudiando; está en primaria, y la escolarización sigue siendo obligatoria para su edad. Deben vivir todos de una granja de gallinas, herencia del padre de la mujer de Corvalán, que acaba de morir, a los noventa años de edad: un antiguo minero de nitrato, dado de baja hace medio siglo porque el polvo del nitrato había penetrado en sus pulmones, pero que había conseguido sobrevivir y mantener ese modesto negocio. Es todo lo que tienen. Un piso arrendado en Santiago y la granja, arrendada también. Son

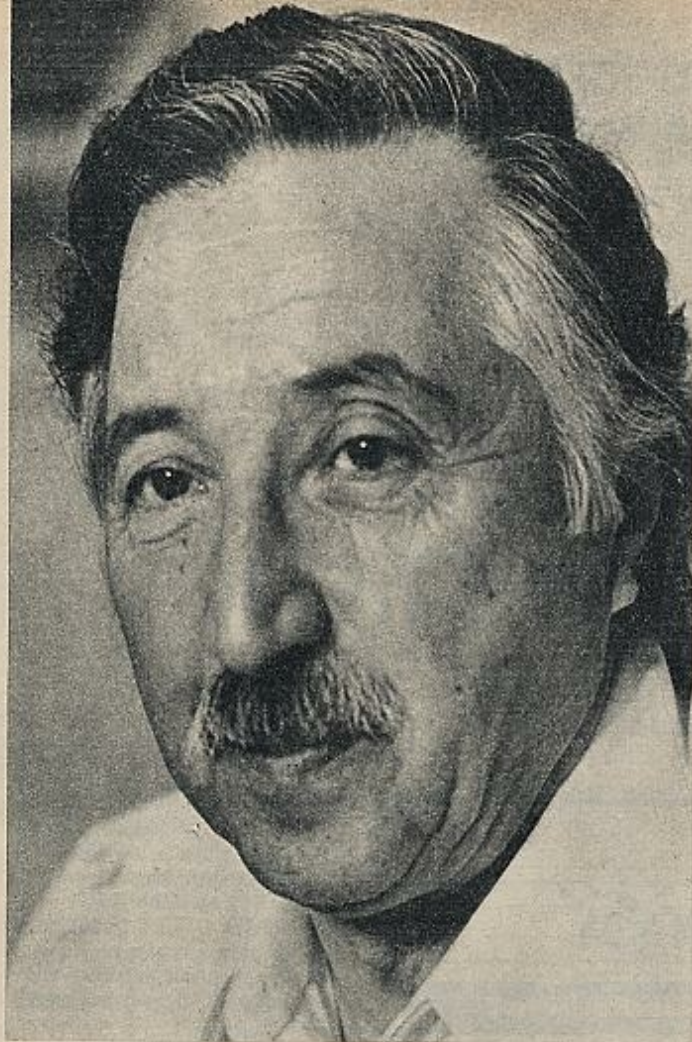
ésas las inmensas riquezas de las que se acusa a Corvalán...

Luis Corvalán salió de su casa el 11 de septiembre del año pasado para ir a la sede de la Unidad Popular. El día antes, durante un cóctel en una Embajada, habían oído rumores de que la Marina se había sublevado en Valparaíso, pero nadie se los confirmó. Corvalán fue a su despacho el 11 de septiembre; allí supo que todo estaba perdido. Encontró refugio en casa de unos amigos, que lo han pagado después con unos meses de prisión, y allí fue encontrado, como consecuencia de una denuncia anónima —según la orden de detención—; en ningún caso debajo de una cama, según publicaron los periódicos y se ha hecho decir en Santiago de Chile para añadir una humillación a la detención.

Fue llevado a la Escuela Militar, y de ella a la ya tristemente célebre isla de Dawson, frente al estrecho de Magallanes. Sólo muy recientemente la esposa de Corvalán ha conocido detalles de la detención del marido: hasta ahora no le habían permitido verle —salvo una breve entrevista en la Escuela Militar—. En la isla de Dawson, Corvalán estaba con los ministros Cadematori, Almeida, Letelier, Vuskovic, con el presidente del partido radical, Hugo Miranda; el diputado socialista Tito Palestro, el jefe de la Policía, Joignat, y otros muchos dirigentes de Unidad Popular. En su mayor parte, hombres mayores, de más de cincuenta años. La isla está prácticamente deshabitada, salvo una base de la Marina. Los detenidos tuvieron que construirse sus propias cabañas, cortando



Arde el palacio de la Moneda.



«Nadie se acostumbra a la represión, pero se aprende a sobrevivir». En la foto, Luis Corvalán, acusado de haber intentado un golpe desde dentro del mismo Régimen de Allende.

y apilando troncos de árbol bajo un frío austral; les dirigía un arquitecto detenido también. La disciplina era atroz. La menor falta, la más leve protesta por su condición, les acarrecaba castigos como el de correr con un saco cargado de arena en la espalda o sobre los hombros. Para muchos de ellos, acostumbrados solamente al trabajo intelectual y con edades poco propicias, el ejercicio era mortal o les acarrecaba graves enfermedades.

Fueron las protestas internacionales, y algunas gestiones de la Iglesia y la democracia cristiana, las que influyeron para que fuesen trasladados. El 1 de mayo pasado fueron llevados a distintas prisiones, cerca de Santiago; luego volvieron a reunirlos a todos, a los antiguos prisioneros de Dawson, en el campo de concentración de Ritoque —una antigua estación balnearia, en la costa—. Allí esperan juicio. ¿De qué se puede acusar a Luis Corvalán? Sólo pueden aplicarle leyes con efecto retroactivo: esto es, acusarle de actos que no eran delitos cuando los cometió. Pero se supone que el juicio, para el que se están reuniendo testimonios y documentos desde el mismo momento del golpe de Estado, se

hará sobre la base de una supuesta «conspiración comunista para apoderarse del poder». El partido comunista habría intentado un golpe de Estado desde dentro del mismo Régimen de Allende y éste habría estado organizado por el propio Luis Corvalán. Como el caso es inexistente, se trata de demostrar que la propia existencia del partido comunista dentro de la legalidad chilena en que se desenvolvía era en sí una conspiración, puesto que la finalidad del partido comunista es siempre apoderarse del poder...

Doce meses no han sido suficientes, por lo visto, para instruir este proceso. Se pretende hacer con él el de toda la Unidad Popular. Si Corvalán y el partido comunista preparaban un asalto al poder desde dentro de él, todos cuantos colaboraron con el partido comunista colaboraban también, por tanto, con este intento de toma del poder; como todos los partidos de la Unidad Popular formaban un mismo frente, todos son culpables, y, por lo tanto, con arreglo a ello pueden ser juzgados todos los dirigentes políticos, todos los ministros, todos los jefes, todos los hombres que dirigieron Chile durante la época de Allende... ■

LOS CoNteM poRa nEoS

LOS PROGRESISTAS Y EL PROGRESO

La contradicción interna del progresista es que no cree en el progreso. El progresista tiene una veta roussoniana de "rétour a la Nature", una mentalidad infantil de merienda campesina y de la tierra como madre de todos (para quien la trabaja) que le está haciendo (junto a otras cosas) profundamente

desgraciado. Es una tradición. Hasta mediado el siglo XIX, cuando empezaba la era industrial, los obreros británicos trataban de romper las máquinas: eran los luditas (ejército de un imaginario General Ludd, que nunca existió), porque sospechaban que eran contrarias a sus intereses. Lord Byron les defendió en un famoso discurso: pero Marx se aplicó a demostrarles que las máquinas eran un factor de progreso útil para todos. Para Marx, la naturaleza era algo hostil contra lo que había que luchar. Marx tenía fe en la máquina y en la sociedad industrial, a condición de que la máquina sirviese al hombre. Que fuese suya.

Ha pasado siglo y medio —casi—, y el progresista sigue sin creer en la máquina. Los hay que consideran el automóvil con considerable repugnancia y dejan que sea su compañera quien lo conduzca, puesto que no pueden prescindir de él. (Hay una sospechosa homología entre la compañera y la máquina); quienes niegan en su casa la entrada del televisor so pretexto de que entontece (falso: es el país el que entontece a la televisión, y no a la inversa. La televisión sería un magnífico medio de cultura y de convivencia; no tiene por sí misma capacidad de entontecer o de abrillantar). Son típicos. Que se agravan cuando se trata de grandes planes político-sociales. El progresista se enfrenta, de pronto, con las centrales nucleares, porque teme una contaminación, mientras tolera el petróleo. Lo tolera mal, eso es cierto. Preferiría el carbón... Sisco Mansholt, un marxista de la línea socialista, propone el "Crecimiento Cero": que se quede todo como está, que no progrese más.

El miedo del progresista al

progreso es irracional. Consiste en que no es suyo. Y como no tiene o no sabe tener los medios para apoderarse de él y hacerlo humano, quiere que se acabe. Ha vuelto a caer en el socialismo utópico. Sueña con el trabajo hecho por la propia mano, con la idea de la obra realizada frente a la idea de trabajo dividido;

sueña con una gran colonia en que fundar la nueva sociedad igualitaria. Un rincón en el mundo donde el sol brillase siempre, todo fuera de todos, todos cooperarían con todos, no habría tuyo ni mío; y las mujeres serían hermosas y los niños sedientos de saber... El profesor Stent propone ("El advenimiento de la Edad de Oro") una "recreación a escala global de la sociedad polinesia". Los "hippies" pretenden que todo el mundo sea un parque de California. Los "beatniks", que volvamos a Oriente. El progresista siente una inmensa nostalgia del mundo pasado. Lo que es peor, de un mundo que nunca existió. Insensiblemente han caído en el mito del paraiso perdido. Lo disfrazan con nuevos nombres: ecología, contaminación, medio ambiente.

Quizá olvidan que cuando los otros no tenían las máquinas, tenían el látigo. Quizá olvidan que todo tiempo pasado fue peor.

¡Menosprecio de corte y alabanza de aldea! Tanto tiempo llevan los otros machacando la idea de que el hombre es feliz cuando trabaja la tierra, y que es más feliz aún el hombre que no tiene camisa, que la pobreza es una virtud y que el trabajo duro es salud, que el progresista ha terminado por creérselo. Se vuelve otra vez contra la máquina en lugar de contra su propietario; se vuelve contra la ciudad en lugar de volverse contra la especulación del suelo; se horroriza del computador como si fuera un ser vivo productor del mal —el progresista parece ser el último estamento que cree en el diablo; sobre todo, el ateo—, en lugar de contra quien lo programa. Y la barba del hombre primitivo resulta ser su bandera. ■

POZUELO